

ralmente que existen en este globo sub-lunar. En los diez largos años que he permanecido en Rusia, he sido testigo de los horrorosos efectos del despotismo y de la esclavitud. Pues bien, en la Indo-China he visto otros resultados no menos tristes y deplorables. En Siam, todo inferior se arrastra y tiembla delante de su superior, y no recibe sus órdenes como no sea de rodillas ó prosternado, y con todas las muestras de sumision y de respeto. La sociedad entera está en un estado de prosternacion permanente en todos los grados de la escala social: el esclavo delante de su amo, pequeño ó grande; éste delante de sus jefes civiles, militares ó religiosos, y todos juntos delante del rey. El siamés, por elevada que sea su posicion, en presencia del monarca ha de permanecer de rodillas y con los codos hincados en el suelo durante todo el tiempo en que su divino amo consiente en dejarse ver por él. El respeto al soberano no se limita á su persona, sino que se estiende hasta el palacio que habita. Cuantas veces se pasa á la vista de sus pórticos es menester descubrirse; los primeros funcionarios del Estado están obligados á cerrar sus quitasoles, ó á lo menos á inclinarlos respetuosamente hácia el lado opuesto á la sacrosanta morada; los innumerables remeros de los millares de buques que suben ó bajan por el rio, tienen que arrodillarse, con la cabeza descubierta, hasta que hayan perdido de vista al pabellon real, guardado por arqueros que, armados de una especie de arco que arroja con mucha fuerza balas de tierra muy dura, están de centinela para hacer observar la consigna y castigar á los delincuentes. Añadamos, como último rasgo, que este pueblo, siempre arrastrado por el suelo, cuya tercera parte, tal vez la mitad, si se exceptúa la colonia china, es esclavo de cuerpo y de bienes, se da á sí mismo el nombre de *Thai*, que significa *hombres libres*.

Segun monseñor Pellagoix, la poblacion del reino de Siam se eleva á 6.000.000, y segun Bowring, á 4.500.000 solamente. Pero, cualquiera que sea en número, está muy lejos de ser homogénea. La quinta parte á lo menos está formada por una colonia china muy respetable en el pais; otras dos quintas partes se componen de malayos, cambodgianos, laotianos, peguanos, etc. Los siameses propiamente dichos ascienden apenas á 2.000.000. Cada poblacion tiene sus usos y costumbres particulares; y si bien todas pertenecen á la rama del tronco humano que los clasificadores llaman la *raza mogola*, cada una tiene un tipo característico. Los siameses se conocen fácilmente por su actitud de flojedad y pereza, y por su fisonomía servil. Casi todos tienen la nariz algo chata, con las ventanas muy abiertas, los pómulos salientes, los ojos sin brillo y sin inteligencia, la boca muy hendida, los labios sanguinolentos por el uso que hacen del betel, y los dientes negros como el ébano.

Tienen tambien todos la cabeza completamente afeitada, á escepcion del vértice, donde dejan crecer una especie de mechon. Sus cabellos son negros y ásperos, y figuran con bastante exactitud una brocha; las mujeres llevan el mismo mechon; pero sus cabellos son finos y están cuidados con esmero. Al verlas, se conoce que desde que nacen se las afeita sin piedad. El traje de los hombres y de las mujeres es poco complicado, consistiendo en una pieza de tela que levantan por atrás y cuyas dos puntas atan á la cintura. Se da indiferentemente á este traje el nombre de taparabo ó de languti. Las mujeres llevan además una banda que va de un hombro á otro. No tenemos inconveniente en decir que aquí el tipo femenino, cuando se presentaron las galas de la juventud, es muy superior al del hombre, y prescindiendo de la delicadeza de las facciones, la siamesa de doce á veinte años tiene poco que envidiar á los convencionales modelos de nuestra estatuaría.

En Siam todos mascan el betel, lo mismo el príncipe que el mendigo, de suerte que la masticacion del betel es una de las necesidades de la vida. Asi es que los chinos establecidos en este reino lo cultivan y venden con mucha ventaja. Los chinos emigrados son hábiles labradores é inteligentes comerciantes; hablan el siamés como si hubiesen nacido en Siam, mascan el betel como los indígenas, y lo mismo que estos se arrastran en presencia de los mandarines y del rey, pero en cambio hacen fortuna, y con el dinero adquieren los honores.

Una de las grandes cualidades del pueblo siamés es el espíritu de familia. Lo mismo el esclavo que el señor prodigan á las criaturas sus desvelos y sus caricias. Si sobreviene una desgracia á un individuo de la familia, hermano, primo, etc., todos los parientes se juntan, se escotan para prevenir el accidente, cuando aun es tiempo, ó en el caso contrario para hacerlo mas llevadero. Muchas veces me ha sucedido entrar en una casa de esclavos ó en el palacio del primer ministro, ponerme un chiquillo en las rodillas y acariciarle. He visto inmediatamente pintarse la alegría en el rostro del padre y de la madre; ambos me han dado las gracias con efusion repitiéndome *koptiai*, *koptiai*, gracias, gracias, y si he vuelto á pasar por delante de su casa: «Entra, extranjero,» me ha dicho la madre. Estos pormenores indican claramente, en mi concepto, que este pueblo tiene corazon, y si un dia se ilustra y civiliza con el contacto de los europeos, tengo la conviccion de que desarrollará sus facultades intelectuales que solo están adormecidas.

Niños desde que nacen hasta que mueren, los siameses adoran las bugerías ó diges, cualesquiera que sean, finos ó falsos, con tal que brillen; cubren á sus mujeres é hijos de sortijas, brazaletes, amuletos, y chapas de oro ó plata, y hay seguridad de hallarlos en

todos los puntos del cuerpo en que pueden sostenerse, en los brazos, en las piernas, en el cuello, en el tronco, en los hombros. He visto á una encantadora criatura de unos seis años, á un hijo del rey de tal manera cargado de joyas, oropeles y bordados de piedras finas, que no podia moverse, pesando mucho mas que su pobre cuerpecito aquella balumba de vestidos y de adornos.

No queriendo ocultar ni lo bueno ni lo malo, repetiremos que una tercera parte á lo menos de la poblacion vive en la esclavitud. Hay un total de 15 á 18.000 criaturas humanas reducidas á la condicion de mercancía, formando tres clases: 1.ª los prisioneros de guerra, cautivos que se reparten entre los nobles segun el capricho del rey, y cuyo rescate puede costar por término medio unos 150 francos; 2.ª los esclavos redimibles, ó individuos privados de su libertad por causa de deudas, que pagan los intereses de la suma debida con los servicios que prestan á sus acreedores; 3.ª los esclavos incapaces de redencion. Esta última clase, el *caput mortuum* de la miseria, se recluta completamente entre los hijos vendidos por sus padres á consecuencia de pleitos, mortificaciones ó hambre, puestos cuerpo y alma á disposicion del adquirente por un contrato escrito.

En Pellagoix (t. I, p. 234) hallamos un ejemplar de un contrato de este género. Dice asi: «El miércoles, sexto del mes, vigésimo quinto dia de la luna de la era 1211, yo, el marido, acompañado de Kol, la esposa, nos llevamos á nuestra hija Ma para venderla á M. Luangasi, mediante 80 ticales (240 francos), para que la tome á su servicio en pago de intereses. Si nuestra hija Ma se evadiese, que su amo me prenda y exija que la encuentre y entregue de nuevo la jóven Ma. Yo, señor Mi, he puesto como señal mi firma.»

¿Quién ha dicho que la lectura de una acta de venta es monotona y no ofrece interés?

Despues del derecho que tienen los padres de disponer de sus hijos, viene el del jefe de la familia de disponer igualmente de su mitad. Si la ha comprado, que es el caso general en las clases bajas, el asunto no ofrece la mas pequeña dificultad; puede volverla á vender cuando le acomode; pero no puede obrar tan á sus anchas cuando la mujer tiene dote, en cuyo caso no puede venderla, á no ser que habiendo contraido deudas con el consentimiento de su compañera, ésta se haya comprometido á responder de ellas con su libertad.

Prescindiendo de estas transacciones mas ó menos dramáticas y frecuentes, la mayor armonía reina al parecer bajo el techo conyugal siamés. La mujer, casi siempre bien tratada por su esposo, conserva un ascendiente incontestable en el hogar doméstico; es respetada, y goza de una gran libertad; lejos de estar

relegada al interior como en China, se presenta en público, vá al mercado, hace y recibe visitas, pone de manifiesto en el paseo, en la ciudad, en el campo, en las pagodas, los tocados de lujo, las joyas de que la cargan la vanidad y el afecto del marido, haciéndole muy rara vez arrepentirse de la ciega confianza que ha depositado en ella.

He aquí pues unas pobres criaturas que poseen en alto grado el espíritu de familia; hé aquí padres que aman tiernamente á sus hijos, que tiemblan y se afiigen viéndoles padecer y llorar, y que, sin embargo, se deshacen de ellos como de un género vulgar con una maravillosa sangre fria, á la primera necesidad que ocurre. Hé aquí esposas modelos, viviendo en la calma de la union mas ejemplar, y sobre las cuales se cierne incesantemente el pensamiento de que en un momento dado el marido puede liquidar alguna cuenta usuraria con la libertad y la persona misma de su compañera... ¡Ay! la filosofía intenta en vano estudiar el corazon humano y deshacer sus pliegues; no sabrá nunca cuántos contrastes oculta y la parte maleable que ofrece á las instituciones sociales, sobre todo á las malas.

Los siameses, nacidos del encuentro de dos corrientes de poblacion, procedentes del Occidente y del Norte, han conservado intactas todas las supersticiones de los indios y de los chinos, no obstante las prescripciones del budismo, que ha procurado en vano librarles de ellas. Creen en todos los demonios armados de garras, cornudos, melenculos de la mitología del celeste imperio; tienen una fe completa en la existencia de las sirenas, de los ogros, de los gigantes, de las ninfas de los bosques y de las montañas, de los genios del fuego, del agua y del aire, y en fin de todos los monstruos fabulosos del antiguo panteon ó por mejor decir, pandemonium bramánico, desde los *naghas* ó serpientes divinas que vomitan llamas, hasta el águila *garuda* que se lleva á los hombres por el aire. Creen igualmente en los amuletos que vuelven invulnerable al que los lleva, que dan salud y fecundidad, que conjuran la mala suerte, que evitan el mal de ojo, etc., etc., y por último, pequeños y grandes, pueblo y rey, alimentan á sus espensas una multitud de astrólogos ó adivinos que predicen la lluvia ó la sequía, la paz ó la guerra, los buenos ó malos azares del juego y de las transacciones comerciales, y que indican los dias y horas favorables para el nacimiento, el matrimonio, la marcha y el regreso de un viaje, la construccion de una casa, en una palabra, todos los acontecimientos, todas las operaciones de alguna importancia de la vida doméstica ó social.

Si damos crédito á lo que dice Brugiere, obispo misionero (1), hay una supersticion menos inocente,

(1) *Annales de la Propagation de la foi* 1832.

cual es la que exige sangre humana para regar los cimientos de toda nueva puerta construida en el recinto de la ciudad. Viajeros modernos han comprobado la existencia de esta horrible costumbre en el centro de Africa (1). En Siam no puede considerarse

mas que como un efluvio á la vez morboso y vivaz, una irradiacion deletérea que ha llegado á los tiempos actuales desde las profundidades de los siglos, y cuyo origen se debe buscar en aquella época de barbarie primitiva en que la raza cuchita dominaba en



El rey de Siam y la difunta reina.—De fotografía.

el Oriente y el Mediodía de Asia. El obispo Pellagoix, aunque confiesa que debe haber algo análogo en los *Anales de Siam*, no se atreve á afirmar el hecho tal como lo refiere su colega, cuya narracion testual es la siguiente:

(1) Véase en Raffanel, *Voyage dans le pais des negres* la terrible leyenda tomada de la *Histoire moderne de Sago*.

«Cuando se construye una puerta nueva en las murallas de la ciudad, ó cuando se repara alguna de las ya existentes, está determinado, por no sé qué artículo supersticioso, que se inmolen tres hombres inocentes. Hé aquí cómo se procede á esta ejecucion bárbara. El rey, despues de haber celebrado secretamente su consejo, envia á uno de sus oficiales cerca de la puerta que quiere construir. El oficial aparenta

cuando en cuando llamar á alguien, y repite varias veces el nombre que se quiere dar á la puerta. Sucede mas de una vez que los transeuntes, oyendo que llaman, vuelven la cabeza, y en aquel mismo instante el oficial, con el auxilio de otros individuos aposta-

dos al efecto, detiene á tres de los que han mirado. Su muerte queda desde entonces irrevocablemente resuelta, sin que les pueda librar de ella ningun servicio, sacrificio ni promesa. En el interior de la puerta se practica un foso, encima del cual se coloca á cierta



Príncipe real.—De fotografía.

altura una enorme viga que está sostenida por dos cuerdas y suspendida horizontalmente, á poca diferencia como las que se usan en los lagares. En un dia señalado para el fatal y horrible sacrificio, se da á los tres desgraciados una comida espléndida, y en seguida se les conduce con mucha ceremonia al funesto foso, donde van á saludarles el rey y toda la corte. El rey les encarga encarecidamente que guarden bien la puerta que se les va á confiar, y que no dejen

de avisar si los enemigos ó los rebeldes se presentan para apoderarse de la ciudad. De repente se cortan las cuerdas, y las desgraciadas víctimas de la supersticion quedan aplastadas bajo el enorme peso que les cae encima. Los siameses creen que aquellos desventurados se convierten en aquellos genios que ellos llaman *phi*. Simples particulares cometen algunas veces este homicidio con sus esclavos para convertirlos, como ellos dicen, en custodios del tesoro que han enterrado.

## III.

El rey de Siam.—Su erudicion.—Su palacio.

El 16 de octubre hacia mis preparativos de marcha para penetrar en el Norte del país y visitar el Cambodge y las tribus salvajes que de él dependen, cuando recibí una invitación del rey de Siam para asistir á la gran comida que da habitualmente á los europeos que habitan en Bangkok el día de su fiesta. Fui presentado por monseñor Pellagoix, y la acogida de S. M. fue muy atenta y afable.

Digamos algo acerca de su trage. Este consistía en un pantalon ancho y una especie de sayo corto pardo de una tela ligera, babuchas en los pies, y en la cabeza un casquete de cuero como los que llevan los oficiales de marina. Llevaba al lado un magnífico sable. La mayor parte de los europeos presentes en Bangkok asistieron á la comida, en que se brindó exclusivamente á la salud de S. M., el cual, en pie y andando alrededor de la mesa, iba mascando su betel y dirigiendo á cada convidado alguna frase galante. La comida estaba servida en una vasta sala ó por mejor decir, en un peristilo desde el cual se podía ver un peloton de la guardia real, con bandera y tambor al frente, formado en línea en el patio.

Su magestad al despedirme se dignó ofrecermé un taleguillo de seda verde que contenía las piezas de moneda de oro y plata que están en circulacion en el país, y yo le manifesté mi gratitud por una cortesía que estaba muy lejos de prometerme.

Su Magestad Phra-Bard-Somdech-Phra-Pharamendr-Maha-Mongkut, que reina actualmente en Siam, es de hecho dueño absoluto de todos los seres y cosas de su reino. La misma tierra, en su superficie y en su fondo, es su propiedad, y en ella nadie puede poseer cosa alguna, ni siquiera vivir sin su permiso. Jefe infalible del ejército, de la ley y del culto, nombra á todos los empleados civiles, militares y religiosos. Puede á su arbitrio crear príncipes de talapinos y jefes de pagodas, y puede también destituirles. Si hace poco uso de este último derecho, menos se debe su conducta al respeto que le inspira su clero que á sus propios recuerdos, pues antes de ser rey vivió mucho tiempo como viven los talapinos. El rey ha de pasar siempre por un noviciado monacal; ésta es tal vez la única condicion que exige en Siam la costumbre al que ha de ocupar el trono.

El rey de Siam, cualquiera que haya sido su pasado, tiene sus pretensiones de administrador y político, y con este objeto da dos veces al día audiencia á sus mandarines y ministros. La primera empieza á las diez de la mañana y concluye á las dos ó á las tres de la tarde; la segunda se celebra á las once de la noche, durando algunas veces hasta las dos.

En cuatro horas bien empleadas se pueden hacer muchas cosas útiles; pero el rey de Siam pierde casi siempre el tiempo en conversaciones que nada tienen que ver con los asuntos que han provocado el consejo. Phra-Bard-Somdech-Mongkut recuerda bajo mas de un aspecto á Jacobo I de Inglaterra. Sexagenario, hay en su cerebro mas erudicion que conocimientos sólidos, en sus raciocinios mas verbosidad que lógica. Sin idea fija en cuestion alguna, tiene el juicio de un niño con el cuerpo de un anciano. Persuadido de que su reinado formará época, quiere organizarlo y regenerarlo todo en su reino, sin que encuentre en sí mismo ni en los que le rodean un punto de apoyo para sus planes mal digeridos. En cualquier país seria un verdadero sabio, pero en ninguno un verdadero rey.

Ha hecho instruir á sus soldados á la europea, abrir canales y caminos, levantar fortalezas, construir buques; ha encargado una marina de vapor; además, ha fundado en Bangkok una imprenta real, y ha concedido la libertad de enseñanza religiosa á las diversas naciones que están bajo su dominio. Todo esto es mucho para un rey de Oriente. Sus intenciones son evidentemente buenas, y le hacen honor; pero el campo que quiere fecundar ha permanecido tantos siglos en barbecho, que su cultivo fatigaria á un labrador mas rudo que Phra-Somdech-Mongkut. Así es que se contenta con mandar, y pasa su tiempo en estudiar la lengua del país y los viejos libros canónicos, y abandona con bastante frecuencia las riendas del Estado y la ejecucion de sus órdenes á manos mas hábiles que las suyas, pero también con frecuencia menos honradas.

La lengua del país y el mismo sanscrito no tienen nada oculto para él; ha resuelto todas las dificultades, ha sondeado todas las profundidades, y en su inocente vanidad de erudito, le gusta hacer gala de sus estudios filológicos. Nuestros sabios podrian recurrir con ventaja á su biblioteca y á sus conocimientos. Ha aprendido solo y casi sin libros la lengua inglesa, que habla y escribe correctamente. Como un verdadero orientalista, no se resigna sino con dificultad á separarse de los usos tradicionales del país. Las costumbres siamesas no permiten, en ninguna circunstancia, á un extranjero presentarse con armas delante del rey de Siam, y se cuenta todavía, entre los residentes europeos de Siam, con qué dificultades tropezaron sir John Bowring, y despues de él, M. Montigny, ministro de Francia, para conservar sus espadas delante de su magestad siamesa, no obstante la etiqueta de su corte.

Tomo del obispo Pallegoix, que ha pasado largos años en la intimidad, si así puede decirse, del monarca, la descripción de su real morada.

«El palacio es un recinto cercado de altas mura-

llas, que tiene algunos kilómetros de área. Todo el interior de aquel recinto está cubierto de bellas baldosas de mármol ó de granito; de trecho en trecho tiene puestos militares y cañones apuntados; por todas partes se ven una multitud de pequeños edificios elegantes, adornados de pinturas y dorados. En medio del gran patio se levanta magestuosamente el *Maheprasat* de cuatro fachadas, cubierto de tejas barnizadas, decorado con magníficas esculturas y coronado por una alta flecha dorada. Allí es donde el rey recibe á los embajadores; allí es donde se coloca al monarca difunto en una urna de oro, durante un año, antes que sea quemado; allí también van á predicar los talapinos, oyendo el sermón, ocultas detrás de cortinas, la reina y las concubinas. A alguna distancia está la gran sala donde el rey da sus audiencias diarias, en presencia de mas de cien mandarines prosternados con la cara en el polvo; en las puertas hay colocadas estatuas gigantes de piedra traídas de China; las paredes y columnas de la sala están adornadas de pinturas y dorados magníficos; el trono, que tiene la forma de un altar, está cubierto de un dosel de siete pisos. Las habitaciones del rey están contiguas á la sala de audiencia; despues siguen el palacio de la reina, las casas de las concubinas y de las damas de honor, con un vasto jardín que se dice ser magnífico. En otro lugar hay vastos edificios que guardan los tesoros del rey, á saber: el oro, la plata, las pedrerías, los muebles y las telas preciosas.

«En este vasto recinto del palacio hay un tribunal, un teatro para las comedias, la biblioteca real, inmensos arsenales, las caballerizas para los caballos de regalo y almacenes de toda especie de géneros; también se ve una soberbia pagoda, cuyo pavimento está cubierto de chapas de plata, en la cual hay dos ídolos ó estatuas de *Buda*, la una, de oro macizo, de 4 pies de alta, la otra, hecha de una sola esmeralda, de un codo de elevacion, valuada por los ingleses en 200,000 piastras (mas de 1.000,000 de francos).

«No es posible en Europa formarse una idea de la magnificencia de las pagodas reales. Las hay que han costado 200 quintales de plata (mas de 4.000,000 de francos). Once se cuentan dentro del recinto de la ciudad, y unas veinte estramuros. La pagoda *Xetuphon* contiene una estatua de *Buda* dormido, que tiene 50 metros de longitud, y está perfectamente dorada. En la de *Borovaniet* se han empleado en hojas de oro (solo para los dorados) mas de 450 onzas del codiciado metal. Una pagoda real es un gran monasterio en que se alojan cuatrocientos ó quinientos talapinos con un millar de niños para servirles. Consiste en un vasto terreno ó gran jardín, en medio del cual se levantan muchos bellos edificios, á saber:

una veintena de belvederes chinoscos, grandes salas colocadas á las orillas del río, un suntuoso salon para predicar; dos templos magníficos, de los cuales el uno tiene por ídolo á *Buda*, y el otro está destinado á las preces de los turcos; dos ó trescientas hermosísimas casitas, algunas de ladrillo y otras de tablas, que son la mansion de los talapinos; estanques; huertos; una docena de pirámides doradas ó cubiertas de porcelana, entre las cuales las hay que tienen de 200 á 300 pies de altura; un campanario y astas de bandera coronadas de dorados cisnes, con un estandarte cortado en forma de cocodrilo; leones ó estatuas de granito y de mármol traídos de la China, y en los dos extremos del terreno canales revestidos de obra de fábrica, sotechados para los barcos, una pira para quemar los muertos, puertas, cercos, etc. El interior de los templos está resplandeciente de pinturas y dorados, y el ídolo colosal aparece como un peñasco de oro salpicado de pedrería. Acaso basten las precedentes líneas para hacer concebir lo que son en Siam un palacio y una pagoda real (1).»

Debemos añadir que la mas hermosa pagoda de Bangkok, la de *Wat-Chang*, no está sin embargo dentro del recinto del palacio, sino que se levanta á su frente, en la margen derecha del Menam. Su flecha, que tiene 200 pies de altura, es el primer indicio de la capital, percibido por el viajero al remontar el río desde el mar.

Despues de publicado el libro del obispo Pallegoix, se ha construido cerca del Mahaprasat un nuevo pabellon con columnata y peristilo, de estilo enteramente italiano. El rey, que nos hizo el honor de mostrárnoslo despues de la comida de que he hablado, nos indicó la inscripcion bilingüe (inglesa y sanscrita) que mandó grabar en el frontispicio del pórtico, la cual puede traducirse con estas palabras: *recreos reales*. La distribucion interior del pabellon ofrece un departamento completo, distribuido y amueblado á la europea, con espejos, relojes de pared y de sobremesa, tapicerías y colgaduras elegantes y de gran valor. Solo deja algo que desear la distribucion de tan rico moviliario, y queda uno sorprendido al ver mezclados retratos y estatuas de los soberanos y personajes célebres de Europa, porcelanas de todas las fábricas de Oriente y Occidente, estantes llenos de libros y manuscritos en todas las lenguas, mapas y cartas geográficas, globos y esferas, instrumentos de precision y de física, telescopios, muestrarios y ejemplares de historia natural, keepsakes ingleses, bronce de Barbediana, millares de esas bujerías lujosas con que las fábricas de París hacen competencia á las de objetos chinoscos de Canton, lozas del Japon, miniaturas indias, cristales

(1) Monseñor Pallegoix, *Description du royaume Thai ou Siam*, t. I. p. 6266.